



María Coira. "Auerbach, Benjamin, Barthes: la plenitud de la falta".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2026, vol. 15, n° 36, pp. 225-230.

Auerbach, Benjamin, Barthes: la plenitud de la falta

Auerbach, Benjamin, Barthes: The Fullness of Lack

María Coira

Transcriptora: Estefanía Di Meglio¹

ORCID: 0000-0001-5015-1606

Recibido: 20/12/2025 || Aprobado: 02/02/2026 || Publicado: 31/03/2026
ARK CAICYT: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s23139676/1vgcetq7a>

Introducción

Estas líneas nacen del encuentro de dos insistencias heterogéneas: la de una interrogación teórica y la de una decisión de homenaje. La pregunta es sobre el lugar de la falta, carencia o, si se quiere, ausencia: ¿la carencia produce siempre más de lo mismo, es decir nuevas ausencias? ¿O podemos pensar la falta como un lugar de producción? La conjetura es la de que hay casos en los que lo restado, lo escamoteado o negado no solo no impide lo positivo sino que deviene, necesariamente, podríamos decir, en el núcleo mismo de tal positividad productiva.

Bajemos a tierra y presentemos los casos concretos. Tres nombres, tres pensadores a los que rendimos nuestro homenaje. Se trata de Erich Auerbach, Walter Benjamin y Roland Barthes, es decir, en esta lectura, el exiliado, el suicidado y el enfermo.

1. El exiliado

El exiliado, filólogo, crítico e historiador de la literatura, ha huido de una Alemania en la que ya se le había tornado la vida imposible. Es judío y desde 1933 las vergonzantes leyes raciales le impiden dar clases en la universidad. Ha sabido o sentido, entonces, que tales

¹ Profesora y Licenciada en Letras, Magister en Letras Hispánicas y Doctora en Letras (UNMdP). Especialista en Estudios sobre violencia por razones de género contra las mujeres (CLACSO). Posdoctorada en Ciencias Sociales (UNC). María fue mi directora en el proceso de las tres tesis que realicé (Licenciatura, Maestría y Doctorado) y de todas las becas a las que me presenté. Tuve el gusto de tenerla como profesora (y como formadora) en Teoría y Crítica Literarias II, en la carrera de Letras. Compartimos charlas, cafés, comidas de trabajo y de los otros. También compartimos la distracción (y el gusto) que generan las cosas pequeñas, en literatura y en la vida. Contacto: estefaniadimeglio@gmail.com



restricciones serían las primeras estaciones en la ruta de los trenes que años después tendrían Auschwitz o Treblinka como puntos de llegada. Se ha ido, se ha cortado de su medio: los amados paisajes han sido sustraídos a su mirada, la cartografía de Berlín está ausente, sus oídos extrañan los sonidos de su lengua. En su lugar, están los lugares, olores y sonidos de Estambul, ciudad que connota, además, un cierto exotismo, cierto orientalismo. Erich Auerbach (1892-1957) había nacido en el seno de una familia judía alemana de clase media alta. Durante la Primera Guerra Mundial supo servir en el ejército alemán. Su carrera académica gozaba de los mejores augurios: en 1913 Auerbach obtiene su primer título de doctor en la universidad de Heidelberg; en 1921 se doctora en Filología en la universidad de Greifswald. Terminada la Segunda Guerra, en 1947, Auerbach emprende un segundo exilio, esta vez hacia Estados Unidos, donde lo vemos trabajando en las universidades de Pennsylvania, Princeton y, todo el último tramo de su vida, Yale.

Pero ahora volvemos a Estambul y encontramos a Auerbach capturado por la escritura de su obra más conocida e influyente. Se trata de un recorrido por la literatura occidental, europea, en el que el crítico estudia cómo la representación realista va imponiéndose tramo a tramo; cómo específicamente, los sectores medios y bajos de la escala social van accediendo a su derecho a la representación y cómo el Romanticismo, que entierra definitivamente el esquema de la separación de estilos, es una estación ineludible en la comprensión de tal proceso. *Mimesis. La representación de la realidad en la cultura occidental* es, sin dudas, todo un clásico. Palabra (clásico) que usamos en el sentido que le da Italo Calvino, es decir, como fuente de significación inagotable, lejos de toda clausura entre las paredes de una biblioteca-museo. Auerbach muestra cómo la literatura occidental va ampliando los límites del mundo social representado; aporta un concepto de literatura europea donde confluyen las tradiciones clásica-pagana, clásica-cristiana y cristiana-medieval. En sus lecturas, Auerbach pone en juego su noción de “figura”, especialmente productiva a la hora de comprender su concepción del tiempo histórico y las operaciones interpretativas llevadas a cabo en nuestra cultura sobre la base de procedimientos de refundición, como es el caso, por ejemplo, de la resemantización de las figuras de los profetas que el reconocimiento de la llegada de Jesús produce.

René Wellek, colega de Auerbach en Yale, ha dicho que *Mimesis* constituye una llamativa y acertada combinación de filología, estilística, historia de las ideas y sociología fruto de un trabajo meticuloso donde confluyen el saber artístico y lo erudito con las fuerzas de la imaginación. Estas afirmaciones son fácilmente comprobables con la lectura, aun parcial, de sus páginas. En mi caso en particular, el primer capítulo, “La cicatriz de Ulises”, en el que un episodio de la Odisea (cuando Ulises regresa de incógnito a su hogar) y un relato bíblico (el sacrificio de Isaac) son puestos bajo el microscopio y presentados como las dos grandes matrices narrativas de occidente, ha iluminado, además, mi comprensión del segundo de los homenajeados en este trabajo, es decir, Walter Benjamin.

Mimesis se publicó en alemán en 1946 y dos años después, en inglés. En 1950, la versión en castellano conlleva la inclusión del capítulo sobre el Quijote. Francia tendrá su traducción en 1977. Su autor ha sabido expresar sus quejas y disculpas por las deficiencias que acarrea la falta de bibliotecas y centros de investigación que sufre en Estambul. Y, qué decir, si por una parte a uno lo invade una ola de admiración y sana envidia ante la obra producida en esas desventajosas circunstancias, por la otra, la ocasión es propicia para retomar nuestra pregunta inicial sobre la falta. Nos apoyamos, para ello, en las reflexiones de Edward Said sobre el exilio. Said convoca a repensar la situación del exilio mediante un desplazamiento que migra de los lugares estereotipados del corte y la pérdida para arribar a los espacios de producción propios de los intelectuales y pensadores que, por definición, trabajan siempre desde esa zona de borde, frontera y periferia, si bien no en todos los casos en un sentido literal, sin dudas siempre desde una mirada metafórica. Respecto de Auerbach

en particular, Said se pregunta, con la retórica que clama por una respuesta afirmativa, si *Mimesis* no debe su existencia, precisamente, a la carencia de bibliotecas completas y especializadas.

2. El suicidado

Tardíamente, un grupo de personas intenta cruzar la frontera que los Pirineos marcan entre Francia y España. Huyen de los nazis. La frontera está cerrada y deben pasar la noche allí. Al día siguiente, se les permite el paso; uno de ellos, sin embargo, quedará ahí enterrado, en algún lugar de Port Bou. El hombre que en esa noche de angustia puso fin a sus días atesoraba un portafolio donde guardaba manuscritos que hoy permanecen perdidos. Por esos tiempos había estado en París trabajando en su más ambicioso proyecto: la escritura de un libro que explicara la modernidad desde la ciudad que era su mejor vidriera, es decir, París. Nos referimos al famoso libro de los Pasajes del que nos han quedado las hermosas páginas sobre Baudelaire y los papeles que, en su huida, Benjamin supo dejarle a un joven empleado de la Biblioteca de París: Georges Bataille.

Walter Benjamin (1892-1940), como Auerbach, provenía de una familia de clase alta de judíos asimilados, que se percibían a sí mismos como profundamente alemanes. Tempranamente inclinado hacia los estudios filosóficos, se propone llegar a ser el crítico literario más importante de sus tiempos. Su actividad es múltiple: estudia, escribe ensayos eruditos, formas breves de sesgo poético, artículos periodísticos, traduce a Poe y a Baudelaire, colecciona juguetes y viejos libros infantiles, escribe programas para la radio y, sobre todas y cada una de estas actividades reflexiona, cuestiona y aporta conceptos cuyo impacto seguimos sintiendo. ¿Cómo pensar la modernidad prescindiendo de la figura del *flâneur*, del poeta como traperero, del shock que la percepción de los escenarios urbanos produce en los hombres del XIX? Maestro de las citas y del arte de la interrupción, sus reflexiones acerca de la alegoría y el montaje son sagazmente retomadas por el crítico Peter Bürger en su estudio sobre las vanguardias.

La academia, empero, no siempre lo entendió. En 1919, obtiene el doctorado con su tesis “El concepto de crítica de arte en el romanticismo alemán”, sostenida *cum laude*. Distinta suerte seguiría la tesis que escribe en búsqueda de una habilitación para ejercer la docencia en universidades alemanas.² Ese estudio, llamado *El origen del drama barroco alemán* fue incomprendido y consiguientemente rechazado por los profesores encargados de evaluarlo. Benjamin lo publica en la editorial Rowohlt en 1928, el mismo año en que publica *Dirección única*.³ La bibliografía crítica nos enfrenta reiteradas veces con los testimonios de las

² Si nos interrogamos acerca de las motivaciones que llevaron a Benjamin a proponerse este trabajo, encontraremos diversas huellas, algunas explícitas y otras no tanto. Comencemos por una de orden pragmático, lo menos relevante, según mi opinión, en Benjamin: tratar de obtener la habilitación (*venia legendi*) en la Universidad de Frankfurt de manera de afirmarse socialmente como un hombre de letras mediante el reconocimiento oficial que obtenerla implicaba y mejorar así una conflictiva relación que mantenía con sus padres de cuyo apoyo financiero aún dependía. Su correspondencia muestra una gran ambigüedad al respecto: si por una parte presiente con preocupación el fracaso, por momentos expresa el temor de lograr su objetivo ya que considera la docencia como, en gran parte, una pérdida de tiempo, tiempo restado a la investigación independientemente motivada y a la escritura. [NDA]

³ En principio, el trabajo, presentado como tesis de habilitación en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Frankfurt, fue rechazado en mayo de 1925. Ya en ocasión de realizar su petición formal ante el decano de la Facultad de Literatura, esta le fue denegada, derivándosele a Estética, cuya cátedra estaba a cargo de Hans Cornelius. En su informe, Cornelius expresa no haber comprendido el sentido de este trabajo y no haber podido acceder a ninguna de sus claves interpretativas, ante lo cual, solicita a Gelb y a Horkheimer que elaboren una lectura de esta tesis. Estos lectores respondieron que tampoco ellos habían entendido ni el texto ni el resumen

objeciones hechas por Adorno, las críticas de Horkheimer y las insatisfacciones de Scholem respecto de determinados textos de Benjamin, eximiéndonos de recorrer aquí otros ejemplos de incomprensión o censura. Si Scholem considera que en los trabajos de la última década su amigo va alejándose de la buena senda por culpa de su inclinación hacia el materialismo histórico (uno de cuyos pecados consistía en su amistad con Bertolt Brecht), Adorno critica su misticismo. Definitivamente, Benjamin no fue fácil de leer y comprender. Y sigue presentando dificultades. Tal vez esa resistencia a la interpretación unívoca que presentan sus escritos es una de las variables que garantizan su actualidad y la producción crítica que motiva su obra.

En un artículo juvenil, Benjamin contrapone dos tipos de experiencia: 1. La referida por los adultos cuyas vidas están ya entregadas a la rutina (identificada tanto con el comportamiento pasivo de los padres como con la “amargura” de ciertos pedagogos); 2. La experiencia profunda de la juventud que lucha por la realización de sus ideales. La primera (*Erlebnis*) es una mera experiencia rutinaria, fruto de la desilusión; la segunda (*Erfahrung*), implica la voluntad de buscar la verdad, la convicción, por ejemplo, de que la honradez debe mantenerse aun si hasta el día de hoy nadie ha sido honrado. De este segundo tipo de experiencia nos habla la pasión intelectual de Benjamin en su convicción de que la mejor manera de rendir homenaje a su doble condición de judío y alemán (en otras ocasiones esta concepción se amplía a europeo y judío) es asumir el rescate, o redención, de los tesoros culturales alemanes (y europeos, salvándolos de la falsificación y el olvido en los que la historia de los vencedores tiende inexorablemente a hundirlos. Este convencimiento va a ser expresado años más tarde y en pleno avance del nazismo, cuando Benjamin está en París, trabajando en su obra inconclusa sobre la modernidad leída desde Baudelaire y el siglo XIX parisino, y demora más allá de lo que se estima como razonable su exilio del continente europeo.

Es en ese sentido, el de la “redención”, que el drama barroco alemán se ofrece como un lugar de privilegio para esa práctica ya que al mismo tiempo que se trata de una expresión típicamente alemana, ha sido dejado de lado por parte de los estudios académicos, caído en desprestigio, ya desde el romanticismo, el procedimiento de alegoría que lo habla caracterizado. La desolación que estos dramas barrocos ponen en escena es leída por este autor desde la coyuntura histórica que priva al hombre de consuelos metafísicos y de perspectivas de salvación. En el drama barroco la vida es siempre juzgada desde la muerte, punto de vista para el que la vida solo es producción de cadáveres.

Ahora bien, ¿qué concepto de la historia es sostenido por este autor? Lejos estuvo Benjamin de considerar la historia como un tiempo homogéneo que avanza de manera teleológica y progresivamente hacia un punto futuro. La bibliografía crítica rastrea tópicos de la tradición judía en su concepción de redención y del tempo-ahora (*jetzeit*), unida al pasado como “relámpago”, “iluminación”, “imagen que relumbra en el instante de un peligro”. La interrupción es un concepto cognitivo caro a Benjamin; Adorno llegó a hablar sobre esta mirada como la de una dialéctica en detención y, posteriormente, regresiva.

Benjamin buscaba despertar la capacidad de leer en todo documento de civilización, simultáneamente, uno de barbarie. La historia la hacen los vencedores, expresaba, de ahí su recomendación a poner en escena la voz de los silenciados mediante el método de leer la historia “a contrapelo”.

elaborado por el mismo Benjamin, también a pedido de Cornelius. El trabajo fue rechazado; Benjamin, ante estas circunstancias, debe retirarlo. El mejor especialista en barroco de Alemania, según carta de Benjamin a Scholem, el profesor Alewyin, no se dignó a realizar una reseña del texto que le fuera encargada por la redacción de la Revista literaria alemana. Hasta su amante, Asja Lacis, calificó de ingenuo a Benjamin por pretender disfrazar de academicismo la obra de un poeta. Distinta fue la recepción del escritor Hugo von Hofmannsthal quien consideró el trabajo excelente. [NDA]

3. El enfermo

Roland Barthes nace en Cherburgo en 1915. No alcanza aún el año cuando su padre muere en un combate naval. El pequeño Roland es, pues, un huérfano de guerra. A partir de 1924, es decir cuando Barthes cuenta con nueve años, se muda con su madre a París, la ciudad que será el centro de su vida social y profesional. Pese a sus dificultades financieras, Henriette, la madre de Barthes, brinda a su hijo una esmerada educación: Liceo Montaigne, hasta sus 14 años y, luego, entre 1930 y 1934, pasa al Liceo Louis-le-Grand, que es el liceo de las futuras élites.

Año tras año, Barthes promociona con regularidad a la clase superior y, además, cosechando un número razonable de premios. Es en Liceo Louis-le-Grand que Barthes consolidará una amistad que jugará un rol importante en alumno del “cuadro de honor” y su vida futura. Nos referimos a Philippe Rebeyrol, quien es también un alumno del “cuadro de honor”.

Todo parecía indicar que el camino hacia la Escuela Normal Superior, meta altamente deseada por Barthes, sería transitado sin escollo alguno. Sin embargo, sombras se cernían amenazantes sobre los planes del joven Barthes. En lo social, los acontecimientos políticos, que ya habían incidido en su vida, dejándolo huérfano de padre, volvían a pesar en su vida, como sobre la de todos los franceses y, es más, los europeos en su conjunto, desde ese presente y por la década siguiente. En 1934 los movimientos de extrema derecha se manifiestan de un modo violento en Francia; como respuesta, después del pacto de unidad socialista y comunista, se funda en 1935 el Frente Popular que reagrupa a los comunistas, socialistas, radicales, los diferentes sindicatos y también a las organizaciones intelectuales como la liga de los derechos del hombre y los comités antifascistas. Ya en 1933, Hitler se había convertido en canciller del Reich alemán. En lo individual, la catástrofe que marcaría su vida los diez años por venir irrumpe bajo la forma de una hemoptisis, que rompe, en efecto, ese encadenamiento de éxitos escolares.

A partir de ese episodio, Barthes pasará diez años entrando y saliendo de los sanatorios que en esa época trataban la tuberculosis, con largos periodos de internación, situación que convoca con facilidad la asociación con el mundo representado por Tomas Mann en su célebre novela, *La montaña mágica*. Nunca entrará a la ansiada Escuela Normal Superior; primero, por su enfermedad y luego, cuando los médicos le autoricen retomar su vida fuera del sanatorio, su edad y las necesidades económicas familiares harán que comience a trabajar. La vida laboral de Barthes tendrá un impulso favorable por la ayuda que le brinda su antiguo compañero de estudios, Rebeyrol. Este sí ha podido, a pesar de la guerra, realizar sus estudios en la Escuela Normal Superior, en la que tiene como condiscípulo a Raymond Picard. Ya en los años de la Guerra, cuando los dos amigos puedan comunicarse, Barthes reprochará a Rebeyrol su apego a los cánones del discurso universitario. Con los años, tal sublevación contra ese “molde” florecerá con brillantez en la polémica sobre el modo de hacer crítica literaria que Barthes mantendrá, precisamente, con Raymond Picard, conocida como el “caso Racine”.

Los años de internación significaron, en fin, otras cosas que no fueron las de tomarse radiografías y controlar la fiebre. Fuera de los campos de batalla, algunas de las cuales se librarían prácticamente a las puertas del sanatorio, Barthes organiza una biblioteca; brinda conferencias y comienza sus estudios sobre Michelet. Su interacción con algunos otros internados representa la oportunidad de acceder a ciertos saberes y a la experiencia de una estimulante comunicación intelectual. Así, por ejemplo, en una época en que la iniciación en el marxismo pasaba generalmente por la adhesión incondicional a las posturas de la URSS, Barthes tuvo la suerte de que otro interno, George Fournié, lo iniciara en el trostkismo, lo cual, en ese contexto, implicaba una posición antidogmática y antiestalinista. Al salir del

sanatorio, tiene los esbozos de dos libros: el *Michelet* y *El grado cero de la escritura*. En esos largos años de enfermedad, Barthes ha trabajado y perfeccionado su técnica de fichaje, en sus estudios sobre Michelet; el viaje de 1938 a Grecia y su descripción, que toma como base las variadas Islas, preanuncia la práctica de los fragmentos de escritura; la crítica sobre *El extranjero* de Camus, la reflexión sobre la escritura blanca. Es decir, Barthes ha puesto en marcha, ya, el mecanismo que producirá el Barthes conocido, el cultor de un nuevo modo de hacer crítica literaria, el estudioso de la fotografía, la moda, etcétera, etcétera, cuyos textos han dejado tan profunda huella en ese campo que solemos llamar semiología. El de la “familia” de Tel Quel, en especial respecto de Philippe Sollers y Julia Kristeva. El Barthes de los seminarios de la Sorbona y del Colegio de Francia.⁴

Bibliografía

- Arendt, Hannah. “Walter Benjamin. 1892-1940”. En *Hombres en tiempos de oscuridad*. Barcelona, Gedisa, 1990, pp. 139-191.
- Auerbach, Erich. “La cicatriz de Ulises”. En *Mimesis*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 9-30.
- Barthes, Roland. *S/Z*. México, Siglo XXI, 1986.
- Barthes, Roland. *Crítica y verdad*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1976.
- Barthes, Roland. *El placer del texto y Lección inaugural*. México, Siglo XXI, 1986.
- Barthes, Roland. *El grado cero de la escritura seguido de nuevos ensayos críticos*. México, Siglo XXI, 1987.
- Benjamin, Walter. *Iluminaciones/2 (Baudelaire)*. Madrid, Taurus, 1972.
- Benjamin, Walter. *Discursos interrumpidos I*. Madrid, Taurus, 1982.
- Benjamin, Walter. *El origen del drama barroco alemán*. Madrid, Taurus, 1990.
- Benjamin, Walter. *La metafísica de la juventud*. Barcelona, Paidós, 1993.
- Benjamin, Walter. *Dirección única*. Madrid, Alfaguara, 1988.
- Buck-Morss, Susan. *Origen de la dialéctica negativa. Theodor W. Adorno, Walter Benjamin y el Instituto de Frankfurt*. México, Siglo veintiuno, 1981.
- Bürger, Peter. “El concepto de alegoría en Benjamin”. En *Teoría de la vanguardia*. Barcelona, Península, 1997, pp. 130-149.
- Calvet, Louis-Jean. *Roland Barthes, biografía*. Barcelona, Gedisa, 1992.
- Scholem, Gershom. *Historia de una amistad*. Barcelona, Península, 1987.
- Witte, Bernd. *Walter Benjamin. Una biografía*. Barcelona, Gedisa, 1990.

⁴ Barthes muere el 26 de marzo de 1980, tras un mes de estar hospitalizado como consecuencia de haber sido atropellado por una camioneta, en París. [NDA]